



UN PASEO DE LA MANO DE MI ABUELA

Una tarde de invierno, le pregunté a mi abuela: _“Nana, ¿cuando se vivía mejor, antes, cuando eras niña o ahora?” A lo que ella me contestó: _ “No sé qué decirte. En cuanto a comodidades, quizás mejor ahora, pero lo que sí te puedo asegurar es que antes estábamos todos más contentos. Como muchas cosas no las conocíamos, no las echábamos de menos. Ahora, los medios de comunicación nos muestran continuamente cada día más avances tecnológicos que todos queremos tener aunque, la mayoría de las veces, no sepamos cómo funcionan.

Esa alegría de la que te hablo se manifestaba en la calle. La gente cantaba mucho: cantaban en la calle, cantaban en casa, cantaban en misa... en fin, cantaban en cualquier lugar y por todo. Bueno..., por todo, todo... no. A la gente le estaba prohibido cantar en Semana Santa. Pero, tratándose de cantar, es que además, se sabían todas las canciones, porque en las imprentas se vendían los famosos cancioneros que recogían la letra de todas las coplas de la época. Estas letras se memorizaban como si de oraciones religiosas se tratara, y se repetían mientras la gente hacía sus tareas cotidianas. Así, en verano, con las ventanas y balcones abiertos de par en par, llenos de flores y muchos de ellos con pájaros, se escapaban los ecos de la vida doméstica: conversaciones, peleas, sonos de coplas y de la radio, más abundantes en los talleres de las modistillas... Esto daba ambiente a las calles en las que, por supuesto, no faltaban los chiquillos jugando a las canicas, a las tabas, al escondite, al pilla-pilla, al pachóquele, a la sogá y más adelante en el tiempo, a la goma. Con nada, los niños éramos capaces de pasar toda una tarde de verano sin aburrirnos lo más mínimo. Así que, cuando llegaban Reyes y el Sr. Miranda extendía su exposición de juguetes en los escaparates de su establecimiento, todos, bien abrigados con gorros, bufandas y guantes pegábamos nuestras narices a los cristales que dejábamos llenos de vaho y babas al tiempo que decíamos: _“¡Me lo pido, me lo pido!”

Ya en Portales, lujo de Portales, nos encontramos los “Carrillos”. En los carrillos se vendían chuches que no eran como las de ahora. Entonces las chuches se limitaban a

caremelillos, regaliz de palo, chufas y cacahuets con “casca”, pepinillos y cebolletas. Era famoso por sus pepinillos, el carrillo de La Marisa. Pero a mi abuela, el que más le gustaba era el de la Sra. Carlota que no salía más que en invierno. Era la Sra. Carlota una viejecita que vestía toda entera de negro con pañoleta tapándole las orejas y falda de aparejo redondo a la que sumaba una toquilla de lana también negra. Su carrillo era una hornilla para asar castañas, que se asemejaba, a su parecer, al palacio de la Bella Durmiente pues era todo él de metal negro con herrajes dorados y un montón de chimeneas.

En Portales había también muchos comercios. Estaban los Almacenes del Olmo, tienda de lujo, en la que se vendía platería y porcelanas finas. Además estaba también la frutería de las Hnas. Ovejas, un dispensario de pan en donde te envolvían la barra en papel de periódico, el puesto de periódicos de Angelines, la Gibosilla, que procesionaba todos los años con cadenas en los pies y una cruz a cuestras, el comercio de tejidos de Molinero y Maján y la Camisería Inglesa que, a principios de verano, llenaba sus escaparates de abanicos abiertos, desde los grandes pelucones hasta los más pequeños para las niñas y mocitas. Estos abanicos constituían un gozo para la vista de las jóvenes y no tan jóvenes, pues en aquella época en la que mi abuela era niña, el abanico constituía un aderezo más en el atuendo femenino. Siguiendo hacia arriba, encontramos la tienda de alimentación de Marcelino Alfaro y la licorería de La Chavala. Portales se vestía de gala con motivo de las bodas y comuniones. “Debajo Portales” al decir de la época, se veían verdaderos cortejos de invitados con sus mejores galas: ellos con traje, corbata y zapatos de charol y ellas, con exuberantes sombreros alquilados.

En frente, se extiende la calle Grande, animada entonces por números comercios de tejidos, zapatos, alimentación, perfumería, la droguería del Sr. Indiano y la farmacia de Don José Pagola, entonces alcalde de la ciudad, la parada de los taxis y la de los autobuses de línea que traían gente de los pueblos vecinos para hacer compras, el hotel Moderno, con Paco en la puerta vestido como un coronel, donde se hospedaban los toreros y artistas, cuando venían por fiestas, y algunos veraneantes. A estos establecimientos, hay que añadir el bar Amaya, centro de reunión para hombres, sobre todo en el cafecito de después de comer mientras echaban la partida al mus o al tute. La calle Grande se despertaba más o menos a las 7h. de la mañana con los carros de los agricultores que salían a vender sus productos antes de retomar sus faenas en el campo. El vocerío a estas horas hacía despertar a todos los vecinos, y, cuando la gente se despertaba, empezaba el jaleo que ya no paraba hasta que se hacía de noche e incluso más tarde, porque por la noche, sobre todo en verano, la gente salía a tomar la fresca: unos paseando de Portales al Raso y del Raso a Portales, y otros sentados en las terrazas de los bares, como por ejemplo, el Capri en la calle Mártires y el Macay en la calle Cavas, llamada sí por la cantidad de cavas y bodegas subterráneas que albergaba.

No debemos olvidar en nuestro paseo, la calle del Sol, de la que cabría señalar además de su nombre, que lo tenía muy buen puesto, ciertos establecimientos y personajes singulares, como por ejemplo, “la particular de la Srta. Candelitas” que preparaba a los niños para hacer el ingreso en el Instituto. Su voz se hacía oír desde la tienda del Morón hasta el hotel Moderno. Otro personaje, muy enigmático, era el Sr.

Urgo, relojero de profesión, que nadie supo nunca con certeza ni cómo se apellidaba ni de dónde venía, aunque se corría el rumor de que era un alemán huido de su país cuando el estallido de la 2ª Guerra Mundial. Era Urgo, un tipo alto, delgado y con cara de pocos amigos, que intimidaba a los niños cuando jugaban delante de su establecimiento. Los comercios más importantes de la calle del Sol eran: la mercería de La Rifa, los Ultramarinos Finos de mis bisabuelos, el almacén de fruta de Los Picuchos, la panadería de “La Pepa”, el comercio de tejidos del Sr. Tamayo y la cordelería, regentada por un matrimonio bastante mayor y altamente simpáticos los dos. Había en esta calle, también, muchas tiendas pequeñitas instaladas en los bajos de las casas y que abastecían a los vecinos de productos de primerísima necesidad.

El tráfico entonces se reducía a muchas bicicletas, alguna que otra moto y abundantes carros tirados por burros o caballos que se hacían más visibles a últimas horas de la tarde, cuando, faltos de luz, el trabajo en el campo empezaba a ser más dificultoso para los agricultores. Precisamente, por la cantidad de caballería que transitaba por las calles, éstas estaban casi todas empedradas.

La calle del Sol, la Grande y la plaza del Raso estaban muy concurridas siempre, pero más, en épocas señaladas como las fiestas patronales, Semana Santa y san Isidro ya que las procesiones, los miembros del ayuntamiento y la banda de música pasaban por las mismas y la gente se agolpaba en las aceras o se asomaban a los balcones y ventanas para verlos.

A la pregunta del principio sobre cuándo se vivía mejor si antes o ahora, respondan ustedes mismos. Lo cierto es que la mayoría de las costumbres van perdiéndose. Ya no se baja a lavar al lavadero y pasar allí todo un día como si fuera de excursión, ya no se varea la lana para dejar huecos los colchones, ni se hace la matanza con los vecinos, ya no va ni el médico ni el practicante a casa, a no ser que sea un caso de extremada necesidad, ya no... ya no... y se llenaría un montón de “ya no” porque todo va cambiando. Y con todo, también las costumbres y el modo de vida. La vida ahora es más rápida. No hay tiempo de bajar a tomar la fresca a la calle, con la silla bajada de la propia casa y el botijo de agua fresca para charlar con los vecinos. Las charlas, ahora, se convierten en wasaps y las emociones son sustituidas por emitoconos.

_ Nana, trasluces nostalgia con tus “ya nos”. Sientes nostalgia de ese tiempo en el que la gente, parece que vivía más alegre?

_ ¿Nostalgia?, llámalo así, si quieres, lo que me da pena es que se pierdan muchas costumbres que han formado parte de nuestra cultura y de nuestra historia. Me da pena los núcleos despoblados, la “España Vacía”, pero cierto es que debemos, cada uno, vivir con nuestro tiempo, porque si no es el progreso el que nos destruye en lugar de favorecernos como debería ser.

.....